

mos la concha de Champion para tratar de formarnos una opinion respecto de él.

A primera vista, cree uno hallarse en casa de un hidalgo campesino. Encima de la chimenea se ven colgadas media docena de escopetas en perfecto estado, apoyadas sobre cuernos de ciervo, y en la pared opuesta, polvorines, burjacas de perdigones y morrales de red, formaban un trofeo arreglado con el esmero propio de un aficionado.

Pero un bufete, donde los papeles están colocados tambien con un orden perfecto, indicaba pronto que M. Champion no era hombre que sacrificaba los negocios á sus placeres. En esta pieza, semi-gabinete de trabajo, semi-salon, cada objeto está precisamente en su lugar. Las sillas arriadas simétricamente á lo largo de la pared, los candelabros de cobre muy resplandeciente en los dos lados de la cornisa de la chimenea. — Era un hombre de orden, Hércules Champion; pero ¡cuidado! no se vaya á creer tampoco que sacrificara siempre los placeres á los negocios. Sabia entre ambas cosas establecer justa balanza: *In medio stat virtus*, no abusemos de nada, dice el sabio, ni aun de la virtud.

Ahora bien, M. Champion era realmente lo que se puede llamar un hombre cuerdo. Hasta este día, su vida lo habia probado siempre. Joven todavia, no disimulaba que tenia las flaquezas de su edad. No detestaba conversar con una fina botella de buen vino, al lado del fuego, despues de un largo y fatigoso día de caza. Y en el postre... ¡hé! ¡hé! contaba muy lindamente cuentos verdes. Las palabras picantes y chistosas no le escandalizaban, y sus ojos avispados probaban que tomaba cierto placer en ellas. Pero pasada la chispa, ya no parecia el mismo hombre, y Champion volvia á aparecer ese ser sin pasiones que se llama un hombre de negocios, y no hubiera hecho rebaja de un céntimo por la mejor botella de margaux, ó por la mas hechicera de las sonrisas.

Su aspecto era el de un moceton de treinta años. Su rostro de mejillas sonrosadas, se hallaba guarnecido con un collarín formado por una espesa barba negra. No solia sonreír con frecuencia; pero las modulaciones de su voz eran agradables.

Habia en su fisonomía cierto no sé qué que podriamos llamar la máscara, ó mas bien, la truhanería de la franqueza, porque esta fisonomía, simpática á primera vista, se trasformaba poco despues, por efecto de la socarronería de sus ojos.

Podia imitarse ó dibujarse su nariz, su boca, su frente, pero no se podia remedar su mirada. Cuando abria de lleno sus ojos, de un pardo claro, y miraba de frente, cosa que solia hacer muy rara vez, quedaba entonces destruida la favorable impresion producida por la sonoridad de su voz y por su caluroso apretón de manos. Bajo las apariencias de un hombre franco y candoroso, papel que sabia representar á las mil maravillas, este hombre era astuto y falso, y sabido es que esta clase de hipócritas es la mas peligrosa que hay en el mundo.

Así es que, á imitacion de esos cómicos, que á fuerza de

representar ciertos papeles, concluyen por identificarse con ellos, y continúan representándolos en la vida privada, Champion habia adquirido, en el trascurso del tiempo, el carácter real y verdadero de que un principio se habia revestido por cálculo. Cobarde por naturaleza, habia llegado á adquirir cierta energia que podia trasformarse en valor verdadero en ciertos momentos, ó á lo menos en aquel desesperado arranque del jabali acorralado, arranque que no es sino el valor de la cobardía.

En cuanto al doctor Toinon, todo el mundo conoce su carácter débil y sus disposiciones, tanto para el bien como para el mal: naturaleza neutra, pero sin corazon, que se espanta del crimen, pero que lo comete, sin embargo, no atreviéndose á resistir al que le impele á cometerlo; carácter de cera blanda que no conserva ninguna impresion, y que las recibe todas; sin pasiones verdaderas, es decir, sin grandes vicios ni grandes virtudes. Se dice de esas gentes: ¡Es un honachon! Pero cuando se tiene necesidad de un amigo verdadero, no se puede llamar á su puerta.

El doctor Toinon tenia cuarenta años. Calvo, recubria su calvicie con las mechas de detrás, y afectaba un talante de petimetre. Las mujeres le habian puesto á la moda, porque vestia bien y montaba siempre hermosos caballos.

Juan Bautista Matifay, perigordino y agente de negocios, era un adversario mucho mas temible, aunque por su exterior no apareciese así.

Figúrese un viejo precoz, ó mas bien, un medio término entre el adolescente y el anciano, porque no se podria asegurar con certeza si aquel rostro aplastado cubierto de arrugas imperceptibles, era el de un impúber ó el de un viejo honachon ya acartonado. No se veia en él la menor señal de barba; su voz era á la vez chillona y cascada, y su frente se hallaba cubierta con algunas mechas de cabellos cuyo color de un rubio sucio y mate, los hacia parecer casi blancos. Añádase á esto, miembros raquíticos que se agitan torpemente y con el mayor desgarbo; un pecho hundido y estrecho, como el de los tísicos; unos ojos que está guiñando sin cesar, como los miopes; una sordera pesada que le sirve de pretexto para hacerse repetir las cosas, ó para simular no haber oído las que no le agradan, y un acento perigordino acompañado de tartamudeo que le dan tiempo para reflexionar antes de contestar; y se tendrá una idea exacta de lo que era y podia ser el tal Juan Bautista Matifay, agente de negocios, y por añadidura perigordino.

Champion, hemos dicho, era capaz de hacer frente al mas valiente cuando se veia acosado. No negó la asercion de Matifay, se enderezó bajo el peso del ataque, y exclamó:

— ¡Todo eso es exacto! Pues bien, ¿y despues?

— ¡Oh, Champion! dijo Matifay con voz llorona, ¡un antiguo camarada de colegio! ¿Cómo? ¡gracias á nosotros y por nosotros (pues sin nosotros nada puedes) vas á recibir un millon y doscientos cincuenta mil francos, y tú nos ofreces de esa suma solamente veinte mil á cada uno!... ¡Tú, en quien yo tenia toda confianza! En verdad, la buena fé huye de la tierra al cielo. No se sabe ya hoy de quien fiarse.

El buen doctor alzaba los ojos y las manos al cielo y repetia como en un ensueño:

— ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos! ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos!

— Venid, Toinon, venid; hagamos ver á este ingrato que tenemos corazon, y que no se nos paga como lacayos; ya veremos cómo se las arregla, cuando no nos tenga ya, para desenredar la madeja.

— Pero en fin, ¿qué es lo que quereis? exclamó Champion, medio trastornada su cabeza.

— Nada, respondió Matifay.

— Presentad vuestras condiciones y discutámoslas.

— Así me gusta, respondió Matifay (perigordino y agente de negocios); creo que vas á ser razonable.

Metió un dedo en su vaso, y haciendo una raya vertical al lado de su total, murmuró:

— El tercio de uno no existe; el tercio de doce es cuatro; el tercio de cinco es uno para tres, y llevo dos; el tercio de veinte es seis para diez y ocho, y llevo dos; el tercio de veinte es seis, y llevo dos... seis y llevo dos... Así pues, cuatrocientos diez y seis mil seiscientos sesenta y seis francos sesenta y cinco céntimos es la cantidad que corresponde á cada uno de nosotros, ni mas ni menos. Pero nosotros tenemos la manga ancha en negocios, ¿no es verdad, Toinon? No somos como él, y nos contentaremos con cuatrocientos mil francos por cabeza.

— ¡Cuatrocientos mil palos en vuestras costillas! exclamó Hércules, á quien la calma de Matifay exasperaba. Despues de todo, si rehusais veinte mil francos, peor para vosotros. Veinte mil es un bonito caudal.

— ¡Dios mio! ¡qué mal razones esta noche! Ciertamente veinte mil francos son una bonita suma, pero no tan bonita como cuatrocientos mil.

— Si eso no os conviene, dijo brutalmente Champion, no teneis mas que decirlo. Yo haré mi negocio solo.

— ¿Aun cuando, respondió con suavidad Matifay, tratemos nosotros igualmente de hacer el nuestro, y tomemos por aliado á cierto fugitivo que se oculta en las cercanías?

Champion bajó la cabeza. Estaba vencido. No pudo, sin embargo, menos de dar un grito, que nosotros no podriamos comparar con nada mejor que con el gemido desgarrador de una madre á quien de su pecho se arranca á su hijo.

— ¡Los miserables quieren arruinarme! exclamó.

— ¡Arruinarte! No. ¡Vamos, vamos! Queremos enriquecernos, contestó Matifay encogiéndose de hombros.

— Bien sabes que somos demasiado razonables, el doctor y yo, para venir á pedirte sin mas ni mas cuatrocientos mil francos. Seria mala guerra, y lo que peor es, seria imprudente. Por muy limpio que hagamos nuestro negocio, siempre resultará alguna salpicadura, y nos denunciariamos claramente mostrando que nosotros, forasteros, teníamos interés en los acontecimientos que van á pasar aquí esta noche. — Queda bien entendido que el doctor no está en Noirmont esta noche, sino en virtud de su ministerio; y que yo no he venido, sino para reclamar el pago de esta le-

tra de cambio protestada. Nuestros pretextos son perfectamente plausibles. No lo serian ya, si el público supiera que nosotros tenemos derecho cada uno á la tercera parte de la herencia de la condesa Elena. No temas pues que, por largo espacio de tiempo, nosotros vengamos á reclamarte nuestra deuda.

— Pero, ¡por Barrabás! entonces, ¿qué es lo que quereis? te lo pregunto por tercera vez.

— ¡Oh!... casi nada. Una declaracion haciendo constar que cada uno de nosotros está interesado en tu industria por una suma de cuatrocientos mil francos. El doctor encontrará en ello sus ventajas, porque le daremos intereses tanto ó mas crecidos que los que puedan darle en cualquiera otra colocacion de fondos; y nosotros hallaremos tambien las nuestras, porque con tu habilidad, añadió guiñando el ojo á Champion, y me atrevo á decir con mi inteligencia en los negocios, estoy seguro que nosotros dos ganaremos millones.

— Está bien; me conformo, dijo Champion, dando un suspiro de condescendencia, y murmurando por lo bajo en su interior: Preciso será que sea muy desgraciado si no encuentro una ocasion oportuna para desembarazarme de ellos cuando ya no los necesite.

— Entonces ¿quieres firmar el convenio? preguntó Matifay sacando dos pliegos de papel sellado del bolsillo. Ya están extendidos en toda regla, no tienes por qué temer, pues llevan fechas posteriores; porque, al fin, tú no eres todavia mas que heredero presunto.

Champion se acercó á la luz para leerlos, mientras que Matifay decia entre sí:

— ¡Majadero!... no sospecha que el día que me acomode, arreglaré este negocio con la misma facilidad que si tratase de volver al revés un guante viejo... Firma, firma... ¡pobre hombre! Ganemos por el pronto el millon en compañía... que luego que hayamos sacado las castañas del fuego, ya veremos quién es el que se las come...

Toinon, entretanto, con la nariz metida en su copa, no pensaba en nada, y no hacia mas que repetir casi maquinalmente:

— ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos!...

IV

LA CUARTA LUZ.

Entremos ahora en el cuarto que se abre hacia el jardin. Es una vasta pieza cuyas ventanas todas, excepto una, están cerradas estrictamente por dobles contraventanas interiores.

Anchas cortinas de damasco, profusamente guarnecidas, caen sobre las ventanas en derredor de la cama.

En esta cama está acostada una mujer que duerme un sueño débilmente agitado. Su cabeza rubia reposa dulcemente sobre la almohada de encaje. Está durmiendo, sí, duerme, pero mecida sin duda por un delicioso ensueño; sus labios entreabiertos dejan escapar sucesivamente dos nombres: ¡Jorge!... ¡Octavio!...

En verdad, los niños no tienen más casto sueño. Su pecho, levantado por intervalos iguales, hace estremecer imperceptiblemente la colcha de seda de su cama; y su brazo blanco y doblado, resalta más, y aparece más sonrosado y trasparente sobre el color oscuro de la tela de seda de la colcha.

¡Jorge!... ¡Octavio!... estos dos nombres unidos en su sueño, prueban su inocencia. Habla sin duda al amigo que ha perdido, de aquel que corre hoy peligro de muerte, y alguna visión superior le dice que espere, pues se sonrie.

Sí, es de seguro una sonrisa, una franca y dulce sonrisa la que juguetea en los labios sonrosados de la condesa Elena. ¡Ah! dejémosla sumergida en ese sueño que aun puede hacerla sonreír, ya que sus ojos no han hecho durante largo tiempo más que derramar copiosas lágrimas.

¡En otro tiempo!... — Pero este otro tiempo, que encierra apenas un período de cinco años, ¡parece tan lejano á la pobre Elena! En otro tiempo, siendo niña, corría risueña en la casa de su padre, muerto hoy día, ¡ay! ¡Entonces se la mimaba, se la quería!

Pero á pesar de estos mimos, nada había podido alterar el candor y la bondad de su alma. En esta alma pura no había ni un pequeño rincón que no estuviera blanco, exento de toda mancha y de todo pecado.

Los obreros de la fábrica de su padre la conocían bien, y sabían cuán buena, religiosa y caritativa era.

Ante su aspecto, los más desgraciados no podían prescindir de estremecerse con vivísimo júbilo interior.

Los más huraños sentían serenarse su mirada, y sus labios pronunciaban una bendición.

Un día vino á la fábrica un bello joven, triste. Apenas tenía veinte y cinco años, pero de aspecto tan austero y tan serio, que parecía á lo menos tener treinta.

Por la noche, en la mesa de familia, Elena comprendió, en la conversacion de M. Roumieux con el desconocido, que este venía á estudiar la fabricacion en casa de su padre.

Las señoritas jóvenes son curiosas. Elena quiso saber la causa de la tristeza de aquel gallardo joven. Le causaba al principio un poco de recelo, pero ya su corazón entero volaba hacia él.

Nada es imposible á estas queridas importunas cuya interrogacion misma es una caricia. Presto conoció el secreto del conde Jorge.

Había dejado dos tumbas en la tierra del destierro, las de su padre y su madre: hé ahí por qué estaba tan triste. — A los veinte años escasos tenía un nombre y una fortuna que restablecer, hé ahí por qué se mostraba tan reflexivo y grave.

El buen corazóncito de Elena se llenó de una piadosa commiseracion, que poco á poco se trasformó en una adhe-

sion profunda y cariñosa, y sin embargo, el conde Jorge le causaba siempre miedo.

Lo que experimentaba no era uno de esos amores frescos del décimosexto año de la vida, que dilatan los pulmones, encienden la mirada y hacen abrir los labios, no. Cuando pensaba en su bello Jorge, se ponía seria. Sus ojos se bajaban y su corazón se comprimía como ante el presentimiento de una desgracia. La austeridad del joven conde hería su juvenil franqueza, extinguía las llamas vivas de su entusiasmo, y no se atrevía ya á ser niña delante de él. Le amaba como se ama á un padre severo, hasta la adoracion, pero con temor.

Elena era joven todavía; creía que eso era lo que se llama amor.

Seis meses después de la llegada de Jorge, se conceptuó muy feliz; — ese día le vió sonreír por primera vez.

Una epidemia reinaba en las inmediaciones. El mejor de los obreros del señor Roumieux había sucumbido la víspera; su mujer iba á seguirle.

En la triste casa que habitaba, no quedaba ya sino una niña de cinco años. Elena llamó á la puerta del gabinete de su padre, mientras que estaba encerrado con Jorge. Al llamar á la puerta, temblaba mucho Elena, pues que M. Roumieux había prohibido formalmente que se le distrajerse ó interrumpiese cuando estaba trabajando. Ella le contó sin embargo, con los ojos bajos, la desgracia que acababa de ocurrir en casa de unos vecinos, y concluyó suplicando humildemente el permiso de recoger á la niña Rosa.

Este favor le parecía tan exorbitante que apenas se atrevía á levantar los ojos para examinar el efecto que iba á producir su súplica. Cuando dirigió por fin una mirada indirecta hacia su padre, vió en las pestañas de este algunas lágrimas, y en los labios de Jorge una sonrisa buena y franca.

Su petición, ¿hay necesidad de decirlo? fué otorgada.

Por la tarde, se encontró un instante sola con Jorge, y Jorge le cogió la mano y le dijo:

— ¡Cuán buena sois!

Mientras que sus ojos le decían:

— ¡Qué bella sois!

Fué un día radiante en su duelo aquel en que Elena, huérfana, salió de la casa de su padre para entrar en Noirmont los Hornillos. El antiguo palacio solariego se había adornado para recibirla. Elena miraba á su marido como á un ser casi divino; se estremecía de angustia cuando veía fruncir sus cejas negras y móviles; y consideraba sus deseos como una ley casi sagrada.

Creía cada vez más que así era como debía amarse.

Pero Octavio llegó, Octavio que se parecía á su hermano tanto como la alegría desdeñosa de la primera edad puede parecerse á la serenidad indulgente de un hombre que ha sufrido mucho. Octavio, tan bello como Jorge y niño como Elena; Octavio, que, no habiendo conocido ni á su padre ni á su madre, no tenía ningún duelo en su pasado; Octavio que de la vida había tomado la parte fácil y había dejado la otra parte para su primogénito.

Y en el sueño de Elena, los dos nombres de Jorge y Octavio estaban reunidos.

En el día, ¿qué quedaba de todos aquellos que habían querido tanto á la pobre condesa? ¿Su padre? muerto. ¿Jorge? muerto. ¿Octavio? proscrito. Ella misma así como sobre el tierno niño que palpitaba en sus entrañas, se sentía amenazada vagamente, y como por instinto, de un inminente peligro.

¡Y ved! su sueño, tranquilo hasta aquel momento, es turbado ahora por sobresaltos convulsivos y gemidos inarticulados...

Pero de improviso, la puerta giró suavemente sobre sus goznes, y este ruido, por leve que fuera, bastó para interrumpir la pesadilla. Para interrumpirla, no, más bien para materializarla; pues, ansiosa y turbada, incorporándose en su lecho, la condesa, con voz débil y casi inarticulada, sobrecogida de un terror indecible, apenas pudo preguntar:

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, señora, respondió la dulce voz de Rosa.

Elena exhaló un largo suspiro de alivio, y pálida con su terror infantil, se recostó de nuevo sobre sus blancos almohadones, diciendo:

— ¿Eres tú, Rosa? Entonces acércate á mí, querida. No sé por qué, tengo miedo cuando estoy sola en este aposento sombrío. Acércate y no me dejes sola nunca.

— Es que, respondió Rosa con cierta coquetería vacilante, es que yo no estoy sola.

— ¿Que no estas sola?

Elena se sentó en su cama, é iba á exclamar:

— ¡Octavio!

Cuando ya el joven se encontraba arrodillado al pié del lecho, estrechando en sus manos la mano querida que Elena le había alargado.

Pasados unos cortos momentos de silencio, Elena volvió á interrumpirlo diciendo:

— ¡Octavio! ¡Octavio! ¿Sois vos, realmente?

— Sí, sí, Elena, yo mismo.

É inclinados el uno hacia el otro, se devoraban con la vista, y permanecían extasiados en muda contemplacion. La mano que Octavio conservaba entre las suyas fué debilitando su presión, y el joven sintió este amortiguamiento progresivo. Elena la retiró suavemente:

— ¡Ah! ¿por qué habeis vuelto? le dijo.

— ¿Por qué he vuelto, Elena?... Porque es preciso obedecer y cumplir la voluntad de los muertos; porque va á nacer un niño del que yo debo ser su padre.

— ¡Su padre! repitió melancólicamente la condesa.

— Sí; y este deber no dejaré yo de cumplirlo. ¡Oh! continuó diciendo tristemente, ya no pretendo obtener una dicha, en cuyo logro me avergüenzo de haber pensado involuntariamente. No es un amor egoísta lo que me ha hecho venir aquí, podeis creerlo. La clemencia de ultratumba de mi hermano Jorge nos impone á entrambos, es decir, á vos y á mí, el penoso deber de no aceptar esa dicha; porque si la aceptásemos, se me figura que cometeríamos una accion algo parecida á un incesto. ¡Elena! mi amor ha concluido

enteramente... Amor que ha muerto. ¡Ah! sin haber vivido, porque lo he sepultado yo mismo y con mis propias manos en el rincón más secreto de mi corazón; pero, sin embargo, hay todavía ventura para entrambos. Viviremos los dos, confiados y serenos, para el querido ser inocente que nos lega ese generoso muerto. Haremos de él un hombre, grande y noble como su padre, ó una mujer como su madre, casta y pura. Ese corazón inocente será como el lugar de asilo de nuestro amor, y en él se concentrarán nuestra ternura y cariño, porque nunca llegará á saber nuestras dolorosas luchas. Sereis mi mujer puesto que mi hermano así lo ha querido, pero sin dejar de ser su viuda, y yo continuaré siendo un hermano para vos.

Mientras que Octavio se expresaba de este modo con la convicción ardiente y generosa que inspira una abnegación sublime, Elena se reponía y trasformaba: un vivo sonrosado enrojecía sus mejillas; gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, y sobre sus labios aparecía una inefable sonrisa, revoloteando como una celeste mariposa sobre una flor divina.

— ¡Sí, sí! exclamó ella á su vez; eso es, Octavio. ¡Oh! ¡sois tal cual yo os había imaginado, tal cual yo os amaba, tal cual yo os amo!... Sí, el uno y el otro seremos y nos mostraremos dignos de aquel que nos amó hasta ese extremo. En su nombre acepto vuestro sacrificio, y sí, como lo creo, su alma nos escucha, está aquí y lee en nuestros corazones, estoy cierta que no verá en ellos nada que no sea puro, digno de nosotros, digno de él.

Su mano, un momento desconfiada, se había vuelto á colocar por sí misma en la de Octavio, y no se resistió cuando este la llevó á sus labios para depositar un beso casi religioso en ella.

Luego, queriendo él volver á tomar la palabra:

— ¡Chut! dijo ella. Soy feliz; me parece que estoy viendo á alguno que nos contempla y nos bendice. Dejadme orar...

Durante cinco minutos no se oyó en el cuarto sino el silencio de la oración; ese silencio solemne interrumpido únicamente por la agitación de los labios, y que produce ese murmullo indefinible que vuela al cielo como el humo sagrado del incienso.

Octavio que seguía arrodillado al pié del lecho, y conservaba entre sus manos la de la condesa Elena, la sintió estremecerse de repente; y al mismo tiempo se oyó el ruido que hacía la gran puerta de entrada girando sobre sus goznes, así como también el de los pasos de un caballo en el empedrado del patio.

Era el doctor Toinon que hacia su entrada oficial y manifiesta en la casa.

Casi al mismo tiempo se oyeron los golpecitos de alguno que llamaba discretamente á la puerta del cuarto.

— ¿Quién anda ahí? preguntó Rosa.

— Soy yo, Hércules, respondió la voz de Champion.

Octavio en persona fué á abrirle.

— ¡Cómo! ¡Vos aquí!... Esto es lo que yo me temía, exclamó Hércules. Vamos, no hay que perder tiempo. Yo no sé por qué fatalidad la policía ha sabido vuestra venida:

los gendarmes están apostados y en acecho. Yo no sé ahora cómo podré libraros.

El buen Hércules estaba desesperado, se arrancaba los pelos á puñados y repetía sin cesar :

— ¡Qué fatalidad! ¡qué fatalidad!

— Vamos, mi buen Hércules, no vale la pena de desesperarse ni aturdirse por tan poca cosa, dijo Octavo sonriéndose. No es esta la primera vez que me he escapado de entre las manos de esas gentes, que al fin y al cabo, no hacen mas que cumplir con su deber. La misma augusta Señora se ha visto en bastantes apuros muchas veces antes que la cogieran detrás de la pantalla de la chimenea en Nantes... Dadme solamente un buen caballo, y os aseguro que les haré córrer á buen trote. Por lo demas, añadió gravemente dirigiéndose á Elena, enteramente asustada, desde hoy nuevos deberes se me imponen. El desgraciado desenlace de nuestra empresa me desembara de mis antiguos compañeros, y mañana mismo enviaré mi sumision al rey. El rey no puede querer la muerte de desventurados nada peligrosos, y á quienes su mismo desgraciado fracaso inhabilita para toda agresion. Tranquilizaos, pues, querida Elena; os confío á la guarda de nuestro único y mejor amigo. Antes que pase un mes, regresaré, y esa vez será para no separarme de vos nunca.

— Id pues, dijo Elena con un largo suspiro.

Pero á la par que le decia que partiera, habia cogido su mano á su vez y le retenia. Gruesas lágrimas silenciosas velaban su mirada, y á pesar de las afirmaciones confiadas del jóven, ella no podia menos de pensar :

— ¡Ah! si se marcha, no le volveré á ver mas.

— ¡Pronto! ¡pronto! exclamó Champion que habia corrido á la ventana. Los gendarmes deben estar bien enterados. Me parece que oigo el trote de sus caballos en la carretera. Dentro de cinco minutos estarán aqui, quizás.

Octavio, desasiendo su mano de las de Elena que se habian agarrado como garfios, se lanzó al corredor sin volver la cabeza. ¿Hubiera tenido valor para marcharse viendo los brazos de la pobre mujer tendidos hácia él, y oyendo murmurar á sus labios todavía pálidos?

— ¡No le veré mas!

Champion le habia seguido. Se reunieron cerca de un grupo que ocupaba la mitad del patio. El doctor Toinon estaba dando instrucciones á los palafranceros ya ocupados en ensillar y embriar el caballo.

— Hé aqui lo que nos conviene, exclamó Champion. Montad este brioso animal, Octavio, y al galope. No tomeis el camino. No tenemos tiempo de envolver los piés del caballo con trapos y el ruido de sus cascos os descubriría. Atravesad los Hornagueros; en primer lugar, es lo mas corto, y la pesada caballería de los gendarmes no pensará un instante en perseguiros. En vuestro lugar, iria sencillamente á ocultarme en casa de los colonos de la Trompardiére. Son gentes honradas que no os denunciarán; además están prevenidas á todo evento. Pero enviadnos mañana mismo al chiquito de los colonos para tranquilizar á esta pobre Elena. El os llevará al mismo tiempo noticias de aqui.

Mientras hacia todas estas recomendaciones, Champion arreglaba la brida y los estribos, y examinaba si las cinchas estaban bien apretadas. Octavio montó á caballo con la mayor soltura y ligereza, é inclinándose sobre el arzon delantero para alargar y apretar por última vez la mano á su primo :

— Gracias, amigo Hércules. Sois un noble corazon, marchó tranquilo sabiendo que dejó á Elena bajo vuestra custodia.

— Dejémonos de cumplidos, porque no tenemos tiempo que perder. Aqui se hará todo lo que sea preciso; por ahora no os ocupeis mas que de vos mismo.

Y á una seña de la mano de su amo, el palafrancero abrió la puerta del patio.

Octavio marchó á galope.

Entretanto Toinon estupefacto asistia á esta escena como á un ensueño.

— ¡Y mi caballo! dijo en fin cuando recobró la palabra. ¿Dónde lo enviáis? ¿Cuándo me lo devolverán?

— No os lo devolverán, respondió bruscamente Hércules; pero os lo pagarán, y yo os desco que vendais uno tan caro todos los dias.

Luego cuando el criado volvia, despues de haber cerrado la puerta con las mismas precauciones que habia puesto para abrirlas, añadió en alta voz :

— Mi querido doctor, hallareis fuego y luz en mi cuarto; voy á preparar á nuestro pobre enfermo para que os reciba.

En el cuarto de Hércules Champion, en esta misma pequeña pieza donde le hemos visto poco há discutir sus intereses con sus dos honorables asociados, Matifay se entregaba á una ocupacion muy en desacuerdo con sus hábitos tranquilos y pacíficos. Habia descolgado de la chimenea una magnífica escopeta de dos tiros, y estaba descargándola con la ayuda de un sacatrapos. Una vez que hubo hecho caer los perdigones en un periódico metódicamente extendido en tierra, puso en su lugar dos balas, é introdujo en los cañones los tacos golpeándolos con la baqueta. En pié, á su lado, habia un hombre de mala traza, vestido de obrero, con sombrero de alas anchas caidas sobre los ojos, que miraba hacer esta operacion con visible interés. Examinándole bien, quizás se hubiese reconocido en él al espía que hemos señalado precedentemente.

Cuando hubo acabado, Matifay se aseguró minuciosamente de la calidad de las cápsulas, y poniendo el arma en manos del obrero con veinte cartuchos y veinte cápsulas mas, le dijo :

— ¿Me has comprendido, Limaille? Te han cogido con la mano en el saco, bravo mozo, y me parece que para tí la eleccion no es difícil, ó el presidio ó la fortuna.

— Bueno, bueno, murmuró Limaille, no hay necesidad de amenazas.

— Atravesará los Hornagueros, añadió Matifay sencillamente.



En pié, á su lado, habia un hombre de mala traza.

V

LOS AMORES MALDITOS.

Segun como lo habia anunciado al doctor Toinon, Champion volvió á subir al cuarto de Elena. — Esta le esperaba con una impaciencia casi febril, y fué menester que le repitiera dos veces que Octavio habia marchado y probablemente que estaba fuera de peligro. Solamente despues de esta doble afirmacion consintió en tomar un poco de reposo, que la crisis inminente hacia indispensable. Cuando su respiracion igual anunció que acababa de adormecerse, Champion hizo seña á Rosa para que saliera sin ruido, y marchando él mismo de puntillas, la condujo hasta la puerta.

— Id á dormir algunas horas, querida niña; debeis estar muy cansada; vuestra ama tendrá sin duda presto necesidad de vos, y os llamarán cuando haya llegado la hora de molestaros. Entretanto, yo velaré por vos.

Y como Rosa resistia, la empujó suavemente fuera.

Entonces esta, no atreviéndose á volver á entrar, pero vagamente inquieta, se quedó en pié en la meseta; pero por mas que escuchase, nada oyó, y riéndose de su mal pensamiento y quiméricos temores, se fué á la cama.

Tres dias hacia que no habia dormido por cuidar á su ama; estaba, pues, rendida de fatiga y sueño, y su linda cabeza, no bien cayó sobre la almohada, cuando ya dormia profundamente.

Entretanto, Hércules, receloso por primera vez en este dia en que representaba un papel tan horrible, se habia dejado caer en un sillón cerca de la chimenea, y con los ojos fijos en la llama caprichosa de los tizonos, parecia meditar interiormente no se sabe qué horrible pensamiento. Tres